

Crónica de la Prisión - 1957

A Iaros

Estaba preso. Esa catástrofe general en que sólo se piensa vagamente como en la muerte, me había tocado esta vez a mí. El seguro porvenir que me protegía, la vida inmutable en que creía estar instalado cómodamente, me abandonaba de pronto en medio del caos: puesto que lo que le pasaba a los demás, podía sucederme también a mí, yo era como todo el mundo. Mi porvenir privilegiado estaba a mis pies, muerto, pero era un porvenir falso, una impostura. Mi libertad había sido tan sólo provisional. Siempre me había esperado otro porvenir oculto, secreto y sombrío con la Cárcel al final. Ahora, había que empezarlo todo de nuevo, junto con mi billetera, mis llaves, mi cédula de identidad, mi libreta de apuntes y mi lapicera fuente me habían despojado de mi familia, de mi pasado, de mi vida. Comenzaba a vivir la extraña aventura de transformarme en otro. Me veía por primera vez sin recursos, sin defensa, desnudo y solo, a merced de los demás, sin que nada dependiera ya de mi voluntad. Una vida al margen de la vida. Me sacaban, me entraban, me trasladaban de un lado a otro sin decirme por qué, sin preguntarme mi parecer, como a un chico, como a un enfermo, como a un paralítico, como a un objeto. Yo nada tenía que decidir, un preso existe solamente por la decisión de los demás y el no poder ver quien decide nuestra suerte hace más angustiosa la situación. Me habían descargado del pesado fardo de mí mismo, me habían liberado de la angustia de las decisiones, de la responsabilidad de ser un hombre. Estaba más allá del consentimiento y de la rebeldía.

Afuera, en un punto determinado de la ciudad, un hueco aparecía bruscamente en medio de una casa, mi presencia invisible y fluida se condensaba en el círculo mágico de las paredes cotidianas, en el pensamiento de mis padres. Mi presencia brillaba por su ausencia bajo la luz de la lámpara de pie, sobre el sillón del comedor, y sin embargo era aquí donde yo estaba, hundido en las sombras, cerca de ese cabo de guardia que me había olvidado por completo. Allá, los libros en los estantes, la máquina de escribir, los retratos en las paredes tomaban ubicación a mi alrededor y me devolvían mi propia imagen. Afuera estaba la calle en el único sentido en que yo la recorría siempre, la calle Salta que iba de mi casa

al centro y la calle Santiago del Estero que volvía del centro a mi casa. Buenos Aires todo giraba en redondo a mi alrededor.

Aquí entre estas cuatro paredes impersonales y anónimas, en este recátungulo inhumano y muerto como un mineral, yo flotaba en el vacío, no era nadie. Un preso igual a otro preso, un pedazo de celda al que los policías veían a través de las rejas al pasar por el corredor con esa mirada profesional con que habían mirado al que ocupara mi celda el día anterior, como mirarían al que la ocuparía el día siguiente, sin distinguirlos siquiera de las paredes o de las rejas.

Todo pasaba afuera, en cualquier parte se decidía mi vida, menos aquí donde no pasaba nada, donde yo permanecía ahogado por la indiferencia y el olvido, bostezando hasta las lágrimas, de angustia y de hastío. La incomunicación no es un sufrimiento en común que ligue al preso con los seres de quienes está separado. En mi casa donde ignoraban mi detención, no podían hacer nada por mí, ni siquiera imaginarme encerrado. Ninguna señal mía les llegaba, excepto esa ausencia sin fin como una muerte. Estar incomunicado es vivir la incomunicación a solas y a ciegas. El mundo exterior se vuelve extraño y hostil como la luna: ignora nuestra existencia. Me acordaba —y ahora podía comprenderlos— esos versos del *Martin Fierro*: “*No es en grillos ni en cadenas / en los que usted penará, / sino en una soledá / y un silencio tan profundo / que parece que en el mundo / es el único que está*”.

Sólo cuando a la mañana siguiente, me pasaron unos alimentos que me habían enviado mis padres, enterados por fin de mi prisión, sentí que volvía a existir intensamente, que empezaba a contar de nuevo. Un ligero cosquilleo me despertó del embotamiento en que había pasado toda la noche. Mi porvenir congelado en ese cubo sombrío, volvía nuevamente a ponerse en marcha, a ligarse al porvenir de los hombres que se agitaban del otro lado de la prisión, donde las horas se diferenciaban unas de otras, donde ocurrían cosas, donde todo cambiaba constantemente. Remolinos lejanos y ruidos confusos empezaban a llenar el silencio vacío de la celda. Mi destino solitario se evaporaba como una nube y volvía a formarse en el horizonte un destino indisolublemente unido a otros seres que se movían por mí, que llegaban hasta mi aislamiento, hasta mi exilio, desde el fondo de sus vidas, allá en las calles, tan lejanas, tan cercanas.

.....

De la comisaría quinta me introdujeron en la caja metálica de un camión celular. Obsesionado por la idea del emparedamiento —que asociaba a una escena del film ruso *La muchacha 217*— me propuse controlar mis nervios desde que fui introducido en el tubo de acero de la celdita individual, un verdadero ataúd vertical. Lo principal era no moverse —me decía— quedarse bien tranquilo con los brazos pegados al cuerpo para no chocar con las paredes, arrinconarse, ocupar el menor lugar posible, ha-

cerse chiquito, contraerse dentro de la propia piel, hundirse hacia dentro. El celular era un pantano, cada movimiento que se hacía uno se hundía más. La delgada cinta de asfalto y pies moviéndose apresuradamente que se veía a través de las rendijas, distraía y ayudaba a ensanchar ilusoriamente el encierro. El espacio se medía por el tiempo, es decir por el movimiento del coche. Cuando éste se detenía, la celdita parecía estrecharse aún más.

Llegados al Palacio de Tribunales, me revisaron y me tomaron los datos en la Alcaldía del subsuelo, y luego me encerraron en la celda para incomunicados: dos metros por uno cincuenta y un helado banco de mampostería fijado al muro... y cincuenta centímetros de espesor entre el banco y la pared para dar tres pasos adelante y tres pasos atrás hasta caer mareado. Un techo lejano con una lamparita enrejada irradiaba una luz fija, monótona y fría como una eternidad. El calabozo de la comisaría me parecía ahora, en comparación, amplio y cómodo, con su puerta de reja dejando ver el corredor. Aquí la puerta estaba recubierta con una chapa de hierro por donde a través de una pequeña mirilla redonda sólo se veía la pared de enfrente con otras celdas con sus pequeñas mirillas redondas por las que sólo se veían ojos sin rostro. Ojos desmesuradamente abiertos, ojos de loco, mirando a esos otros ojos de loco que eran los míos. Un respiradero también enrejado y estrecho, en lo alto de la pared de enfrente, hacía más aplastante aún el espesor de la piedra; más perfecto el encierro. Murallas rodeadas de murallas, subterráneos debajo de otros subterráneos. La Cárcel me envolvía por todos lados, sin interrupción, sin descanso, se me hacía presente a tal punto que no podía ver nada que no fuera ella. La Cárcel se apoderaba de todo, no dejaba perder nada, ni el más mínimo pensamiento, ni el más mínimo gesto, nada afuera, todo adentro.

Yo trataba de deslizarme hasta el fondo de mí mismo, tocar fondo en esa intimidad vacía conmigo mismo, dejarme ir como cuando uno quiere dormirse, pero a cada rato volvía a la superficie. Ese silencio inhumano, ese reposo mortal que buscaba vanamente dentro de mí, estaba allí, afuera y me causaba espanto. La mirada furtiva, fugitiva me llevaba fuera de mí, sobre las paredes de pórtland gris, se extraviaba en el laberinto negro de palabras y dibujos. Familiarizado con la literatura de letrina, me llamaba la atención la falta de obscenidades: la sexualidad es una expansión vital, un lujo que también le está vedada al prisionero. Tampoco abundan los mensajes y consignas ideológicas, detalle bastante extraño si se tiene en cuenta la cantidad de presos políticos que había pasado por esa celda. Después me lo pude explicar, la prisión traba el espíritu. El pensamiento deja de pensar razones, deja de desenvolverse en una forma lineal, progresiva y empieza a dar vueltas alrededor de una idea fija que se va vaciando de todo contenido, hasta convertirse en una palabra, en un dibujo, en una cosa que ya no quiere decir nada. Por eso no encontramos en la celda, una sola palabra que trate de expresar algo, de comunicarse con

otra conciencia, sólo gritos, blasfemias, rezos, súplicas, lamentos y esas cruces negras y esos monigotes bailando ante nuestra vista. Allí los ladrones, los falsificadores, los estafadores, los incendiarios, los traficantes, los asesinos, los terroristas, los homosexuales, los rufianes, los adolescentes bravucones, los hombres más duros de un pueblo fuera de la ley, se habían arrojado contra las paredes en una noche triste y enloquecidos de horror, grabaron con las manos crispadas: "¡Mamá, salvame por favor!", "¡Virgencita de Luján, sacame de aquí!" Sólo recuerdo una expresión de rebeldía, de aceptación orgullosa de sí mismo: "No le avergüenze madre, tener un hijo ladrón como yo, vergüenza debía darle un hijo policía o batidor". Firmado: el "Gardelito rosarino".

Yo intentaba cerrar los ojos, liberarme de mi propia mirada acosada, pero era inútil: las paredes estaban tan cerca que se sentía su acechanza en las sombras. Volver a abrir los ojos, para encontrarse otra vez sobre las paredes las cruces negras, allí, siempre en el mismo lugar, resultaba tan deprimente, que era preferible mantenerlos abiertos en todo momento.

Me aferraba a la lucidez, sabía que si me abandonaba un sólo instante, encontraría de pronto en mi cabeza pensamientos embrujados como los que movían a grabar esos signos sobre las paredes. Pero el pensamiento sirve de poco cuando se está preso. El hombre más frío no puede explicarse ni justificar su prisión por grande que sea su delito. El pensamiento mágico domina en ese mundo limitado, restringido con un cielo cerrado sobre nuestras cabezas, como el universo de las religiones. No serán ya los trámites legales ni la racionalidad de la justicia lo que pensamos podrá sacarnos de allí, sino el extraordinario poder de la magia que cumple inmediatamente y sin esfuerzos todos los deseos. La Justicia se vuelve una monstruosa Divinidad a la que hay que conjurar mediante un complicado ritual. Por otra parte, no se está tan equivocado ya que la ley que, en nuestra sociedad, nada tiene que ver con la razón ni con la Justicia, no es más que un mecanismo ciego en el que hay que saber apretar exactamente los resortes necesarios y además tener mucha suerte para que nos sea favorable.

Cuando me iba vaciando de todo recuerdo y de toda esperanza, cuando los pensamientos se hacían más y más pesados cada vez y las pacientes construcciones mentales se deshacían más y más rápido, una voz, una cálida voz humana que llegaba de la celda vecina, a través de las paredes, venía en mi auxilio. Alguien me llamaba: yo salía de un planeta sombrío y helado para volver a entrar nuevamente en el mundo humano. Una sola voz en el mundo hablaba para mí y yo estaba solo en el mundo con esa voz. Era un muchacho de dieciocho años que había bajado del camión celular conmigo. Lo habían llevado por el robo de un jeep y era su primera entrada. Otra conciencia enloquecida como la mía dándose contra las paredes sin poder escapar. Estábamos perdidos en un desierto bajo la pálida claridad sin sombras que irradiaba el sol nocturno de las cárceles. Pequeños y desamparados sin saber lo que nos iría a pasar, como si fué-

ramos a morir. Estábamos solos y ni siquiera podíamos compartir nuestra soledad. El odio del mundo erigiéndonos en chivos expiatorios del Mal, nos aislaba. Sin nada que reivindicar entre nosotros, no podíamos constituir una pareja. Nuestras soledades eran contiguas. No éramos dos cómplices más que para los policías que nos rodeaban.

.....

Un agente me llevó esposado a través de los interminables corredores marmóreos del Palacio egipcio hasta la secretaría del Juzgado. A lo largo de las paredes de la oficina se alineaban solemnes pilas de carpetas repletas de expedientes donde se destilaba la escoria de la sociedad: los fracasos, las ambiciones, los odios, las aberraciones. Ante esos empleados que me interrogaban desde la pompa de sus chalecos cruzados y de sus camisas de puño doble, sin mirarme siquiera a la cara, sin interesarse en lo más mínimo por mí, interrumpiendo a cada rato el interrogatorio por llamados telefónicos o por simples conversaciones entre ellos, yo me encontraba fuera de lugar. Yo no tenía personalidad, no era para ellos más que un problema secundario que había que tratar de resolver, unas cuantas declaraciones en sus informes. En la celda yo hacía la experiencia a fondo del mal de nuestra Sociedad Civil al desnudo. Aquí volvía a encontrarme con el ritual, con la ceremonia, con la cortesía, con las complicaciones, con la banalidad, con esas mil pequeñas comedias cotidianas que hasta hacía dos días también para mí constituían la única realidad. Ahora la realidad candente estaba allí abajo, en las cuatro paredes reales de la celda 316 de la Alcaldía, en la voz real del adolescente de la celda vecina, en las inscripciones reales de las paredes. Frente a esa Justicia glacial, la celda me resultaba acogedora y cordial como un vientre materno.

.....

En un camión celular esta vez colectivo, nos condujeron a la prisión de Villa Devoto. Íbamos hacinados en la sombra, una delgada línea de luz bajaba de las rendijas del techo.

Al llegar, los nuevos, que éramos cuatro, fuimos separados del resto y se nos retuvo en una celda provisoria hasta que nos dieron ubicación en el cuadro cuarto: un amplio galpón de cemento y hierro con una doble hilera de camas muy semejante a la sala de un hospital o a un cuartel. Sólo la inclemente luz eléctrica que nunca se apagaba y el guardia que se paseaba noche y día con la ametralladora en la mano por una alta plataforma frente a la puerta de reja, nos recordaban que estábamos en una prisión.

Mientras íbamos avanzando por el corredor, los presos interrumpían sus actividades para contemplarnos. Cuando el guardia corrió el cerrojo para franquearnos la entrada, ochenta pares de ojos nos observaban atentamente, unos se acercaban a nosotros, algunos nos daban las buenas noches.

Ya había pasado la hora de la comida, pero los presos sin conocernos nos ofrecían pan, queso, jamón, así como también mantas y frazadas para dormir en el suelo ya que no teníamos cama. Solidaridad de pobres. Algunos se acercaban a mí, afirmando conocerme de las calles, de los cafés, no me eran en efecto, caras desconocidas. Nadie, sin embargo, me preguntaba por qué estaba allí, las preguntas deberían recordarles demasiado a la policía. Los que tienen algo que ocultar no son curiosos. Pronto yo también aprendería a hablar de mí mismo con el tono evasivo que todos empleaban allí. De ese modo, hacía mi ingreso en una sociedad de hombres que no hablaban mi mismo idioma, ya que mi delito les hubiera parecido ridículo a cualquiera de ellos. Me acusaban de robar un libro. Puesto que podría considerarse un libro tan importante para un intelectual como un pan para el hambriento, mi condena resultaba un absurdo jurídico comparable al de Jean Valjean. Yo estaba, sin embargo, avergonzado de mi relativa inocencia, que convertía a ese círculo exclusivo de una orgullosa aristocracia del Mal, en un triste lugar de injusticias. Sabía que nada repugna tanto al verdadero criminal como los lamentos. Pero el temor de que los demás presos descubrieran que yo no era de su misma especie y me clasificaran entre sus víctimas y no entre sus compañeros se disipó muy pronto al comprobar que yo no estaba más desasimilado o desintegrado de lo que lo estaban ellos entre sí. Hombres de las más distintas clases, edad, nacionalidades, culturas no formaban una Sociedad, ni siquiera una fraternidad o una camaradería sólo una complicidad frente al mundo exterior. Junto a un estafador resplandeciente como un galán de cine, con su traje de medida, y sus uñas arregladas por la manicura, se veía al raterito melenudo, con cara insolente, campera de cuero y pantalones ajustados. Junto al respetuoso de valores consagrados a los que sin embargo violaba, el anarquista más allá del bien y del mal. Todos distintos entre sí, sólo la palidez de sus rostros los asemejaba, esos rostros de color amarillo como el revoque agrietado de las paredes del cuadro, el mismo color amarillo de los oficinistas que salen de sus trabajos al anochecer.

Existía, sin embargo, entre los presos un riguroso orden jerárquico y un religioso respeto por el impulso que arroja a un hombre al crimen: así el héroe del cuadro era el "doctorcito" L., abogado que intentara asaltar el Banco de Flores. A mí me pareció una mezcla de intelectual concreto y porteño "sobrador". Más fascinantes aún me parecían los ladronzuelos baratos: rateros, carteristas, cuenteros, punguistas. El robo para ellos es una manía, un vicio, el amor al fracaso. Hay en ellos, una pasión que nada tiene que ver con el simple interés. Roban cosas tan insignificantes que el dinero que obtienen no puede servirle de nada. Nunca se atreverán a intentar un robo de importancia que puede liberarlos definitivamente de esa vida de mezquindades y persecuciones. Prefieren insistir en delitos cuyos esfuerzos y peligros resultan infinitamente desproporcionados con la ganancia. Saben que una y otra vez caerán y que cada vez les resultará

más difícil vivir del robo. La policía los deja hacer y de vez en cuando los detiene por un tiempo, ya que ese es su oficio. Las relaciones de ambos —ladrón y policía— tienen algo de unión sexual en la cual el ladrón juega el rol de la mujer. Cada robo que se comete, es un desafío a la policía, una incitación a la persecución, un juego en fin, pero un juego absurdo porque a la larga, siempre gana la policía.

.....

Villa Devoto, esa tranquila ciudad sin mujeres, resultaba menos opresiva que el Palacio. Allí no se sabía lo que iba a pasar, todo estaba en suspenso, el tiempo no transcurría: uno pensaba que había pasado una hora y sólo eran unos minutos, uno pensaba que habían pasado días y sólo eran unas horas. En Villa Devoto, en cambio, ya no había nada que esperar y todo volvía a empezar, se perdía del todo el antiguo porvenir y se comenzaba a confeccionar uno nuevo. Con la grandeza de una humanidad arrojada del Paraíso, se trataba, a pesar de Dios, de reconstruir obstinadamente una vida donde se estaba y con los elementos con que se contaba, se adquirirían nuevas costumbres, se formaban grupos al azar de las circunstancias, aunque sin amistad ni solidaridad verdaderas, se trataba de habituarse a un tiempo vacío de todo acontecimiento y en el que había que leer todas las mañanas el diario para saber que se estaba en un día distinto del anterior. La vida en la prisión era una larva larga, desgarbada, incolora y amorfa que se estiraba, se estiraba hasta el infinito. Los pequeños sucesos, se amontonaban, se pegoteaban unos a otros sin orden, sin sentido, nada comenzaba ni acababa nunca, todo continuaba siempre a la deriva, de espera en espera, de olvido en olvido. El tiempo era un vasto espacio inexplorado. Nada de desesperación ni de hermosos desastres, sino una tranquila y modesta miseria más bien confortable y dulzona. No había nada contra lo cual luchar, nadie contra quien rebelarse. Los carceleros eran seres pacíficos y hasta amables mientras no se los molestara, nada tenían de sádicos. El galpón siniestro y solemne donde agonizaba un pueblo de derrotados adquiría de ese modo, la apariencia de un despreocupado fin de semana campestre con hombres reunidos alrededor de una olla humeante, con rondas de mate, con bullicio de radios lejanas, con aburridas partidas de dominó, con cáscaras de fruta, latas vacías, puchos y papeles grasientos tirados por los rincones, toda la basura doméstica. También se sentía el tedio de un largo domingo vacío y solitario.

.....

La mañana. La ceremonia cotidiana con ruido de baldes y canillas. Había que levantarse, hacer los gestos del despertar como antes, pero ahora no tenía sentido. Nada empezaba, no había nada que esperar, sólo un día estancado y vacío, desanimador a fuerza de ser previsible y había no obstante que vivirlo minuto a minuto, gota a gota.

El único acontecimiento de la mañana lo constituía el celador pasando lista de los que debían prepararse para ir al Palacio. Mi nombre estaba incluido. Me afeité con una maquinita prestada y antes de que vinieran a buscarme, tuve tiempo de probar el puchero de Villa Devoto, la "tumba" como se le llama en el lunfardo carcelario, y conocer, al mismo tiempo, la tortura de comer con cucharas y tenedor de madera sobre platos de latón.

A las once, por fin, nos vinieron a buscar. Todos los detenidos de los distintos cuadros que íbamos al Palacio fuimos conducidos en fila y encerrados en grupos de cinco en las pequeñas celdas de la entrada, esperando que vinieran los camiones celulares.

Ya en Palacio, fuimos alojados cerca de sesenta detenidos en una jaula larga y angosta con olor a hombre y las paredes de cal agrietadas y enmohecidas por la humedad como el baño de un cine antiguo. Dos largos bancos de piedra fijados a la pared y en uno de los extremos una letrina al descubierto. Una chapa a la entrada decía "Pabellón" pero su verdadero nombre, el nombre por el que todos la reconocían, era la "leonera". Un polvo viejo y rancio flotaba por el aire estancado.

Cada cinco minutos el cabo de guardia abría la puerta y pronunciaba el nombre del detenido que debía presentarse ante el juez. Como en el interrogatorio se decidía la liberación inmediata o, por el contrario, la vuelta a Villa Devoto, cuando el preso que había sido llamado volvía a la "leonera", todos se acercaban ansiosamente a preguntarle el resultado. En verdad, sólo llaman por día a un ínfimo número, los restantes deben volver a Villa Devoto hasta el día siguiente. Algunos se pasan así semanas enteras viajando diariamente de Villa Devoto a Tribunales y de Tribunales nuevamente a Villa Devoto. Aquí saben que no van a llamarlos, pero la estúpida burocracia judicial exige su presencia todos los días.

La "leonera" iba cambiando de atmósfera según las horas. Cuando llegamos, alrededor de la una de la tarde, tenía la alegre familiaridad de un conjunto de hombres reunidos por razones profesionales o vocacionales, con todas las grotescas características de una secta de maniáticos: la jerga, la monótona repetición de temas, el orgullo de saberse distintos de los hombres corrientes, el afán de divulgar sus secretos. Con la misma naturalidad y el mismo esoterismo con que habla un grupo de altos financieros de sus negocios, en todos los rincones no se los oía hablar más que de sus especialidades: asaltos, asesinatos, violaciones, estafas, emboscadas, escalamientos, fracturas, así como también de procedimientos, pesquisas, interrogatorios, prontuarios, careos, indagatorias, reconstrucciones, torturas, jueces, allanamientos, encarcelaciones, fianzas. A esa hora, la "leonera" no era todavía más que una ruidosa sala de espera. Todos tenían la certeza que de un momento a otro serían llamados para salir en libertad, todos se sentían optimistas, confiaban en los abogados, en los amigos, en los familiares, en el dinero, en la rapidez de los métodos judiciales. No les quedaba otro recurso

que tener confianza. Pero a medida que el tiempo transcurría y las esperanzas de ser llamados se desvanecían, los alegres habladores perdían su euforia y empezaban a ponerse taciturnos. Quienes no habían querido sentarse como haciendo ver que estaban allí por poco tiempo, terminaban arrinconándose sobre el duro banco de piedra. Quienes se paseaban de un extremo a otro, lo hacían cada vez más agitadamente. Yo mismo me encontraba en las filas de ese mitin a media voz, dando vueltas de atrás a adelante, de adelante a atrás, atropellándome con los demás, chocando con las paredes, que cada vez se hacían más y más estrechas. Tenía uno la sensación de que iba a morir aplastado y no se sabía para donde disparar. Todos tenían su angustia, cada uno la suya, yo también tenía la mía. Angustias que se estiraban a través de las paredes de la "leonera", que se entrecruzaban, se chocaban y permanecían, sin embargo, rigurosamente solas. Un odio sin razón, una agresión antigua, un rencor imprevisto y vago, estallaba en nuestros corazones y nos llenaba de fuerzas ineficaces, de gritos retenidos, de golpes sin saber contra quién descargarlos, contra el mundo o contra nosotros mismos. A través de las nubes de humo yo veía cómo los rostros más serenos e impassibles se iban quedando lívidos, los ojos ciegos, los labios desfigurados por una mueca, las manos temblorosas. Un gesto incontrolado sacudía por momentos los cuerpos, como un invisible viento de locura, agitaba una nuca, alzaba una espalda, cada uno se abandonaba sin defensa a sus tics personales. Una extraña metamorfosis se había operado en esos hombres imponentes, densos, rígidos, seguros de sí mismos hasta hacía poco, en esos hombres que tomaban la vida con el puño cerrado y caminaban derecho hacia sus objetivos abriéndose el paso a empujones, en esos hombres que miraban desde arriba a los demás, a los que corrían, jadeaban y quedaban siempre para lo último. La dura carapazón de que estaban cubiertos se había ido resquebrajando poco a poco hasta dejarlos desnudos, envejecidos de pronto, descomponiéndose rápidamente. Entonces pude comprobar que eran tan blandos, flojos y débiles como yo mismo, que se sentían desamparados y solos y tenían miedo. La aureola de gloria se había apagado y sólo quedaba de ella un residuo insignificante y superfluo, un montón de miseria. Me había engañado, todos ellos eran unos fracasados, los verdaderos delincuentes, los verdaderos duros, eran los que estaban afuera, los que nunca tal vez conocerían la "leonera". Ahora veía que, lo que antes tomara por un club social, no era sino el patio de un manicomio para locos malditos. Ahora se comprendía con toda su cruel ironía el porqué del nombre: la "leonera", una jaula de bestias acorraladas.

A las cinco y media todo se había acabado. Los que no habían sido llamados perdían toda esperanza de salir por ese día, y ya sabíamos a cuántos años equivalía un solo día más en la cárcel. Los juzgados cerraban a las seis, y en esa última media hora ya casi no se trabajaba: los jueces se retiraban, los empleados empezaban a guardar los papeles, los

abogados volvían a sus casas, ni los amigos ni los parientes podían hacer ya nada más que irse a descansar y a esperar hasta el día siguiente. La noche dejaba con las manos vacías a quienes trabajaban por la liberación. La enorme tensión se relajaba, ya no servía de nada sufrir, porque ya nada había que esperar. En un momento todos los lazos quedaban rotos, ya no se creía más en los abogados, ni en los amigos, ni en los familiares, ni en los jueces, ni en nada ni en nadie. El mundo exterior se hacía imposible de imaginar, un amontonamiento de obstáculos y distancias nos separaban de él. No existía otra humanidad que la de la "leonera". La libertad era un sueño. Si antes se pensaba salir en pocos minutos, ahora ya no se pensaba salir sino en años, o tal vez nunca. Ni yo ni nadie esperaba otra cosa. La cárcel era una trampa, nos habían cazado como a ratas. Ya no podíamos volver atrás, no nos pertenecíamos. No había escapatoria.

Las cinco y media de la tarde, la hora más despreocupada y suave de Buenos Aires, la hora del té en las confiterías del centro, hombres y mujeres abandonan sus trabajos para ir en busca de una diversión, totalmente ajenos a que en un lugar tan cercano, en un sótano de la plaza Lavalle, para los extraños habitantes de la "leonera" sonaba la hora de la angustia. Sonrientes burgueses se paseaban bajo los árboles de la plaza Lavalle, ignorantes de la existencia de esa humanidad subterránea que socavaba la ciudad por abajo del asfalto amenazando permanentemente destruir la paz de sus vidas tranquilas.

A las seis menos cuarto, el cabo de guardia abría la puerta y pronunciaba mi nombre. Las activas diligencias efectuadas por mi padre en la burocracia de Tribunales, había permitido que me llamaran, caso excepcional, cuando sólo faltaban pocos minutos para cerrar el juzgado. Dos horas más tarde salía del Palacio, por la puerta que da a Lavalle. El corazón, las piernas, el aliento se sentían de fiesta. En la calle se encendían las luces. Comencé a caminar por la noche deslumbrante, de nuevo bajo el cielo cotidiano. Todo estaba en orden, yo volvía a ser yo. Buenos Aires volvía a ser una ciudad real, y la "leonera" comenzaba a volverse irreal. La cárcel se iba cerrando lentamente a mis espaldas como una llaga. La herida cicatrizaba y el mundo volvía a integrarse a mi alrededor. Desde ese momento yo empezaba a olvidar.